

MARXISMO Y FUTURO: UNA ILACION IMPOSIBLE

Por Rafael DE JUAN Y PEÑALOSA

En su última obra narra GRAHAM GREEN la aventura corrida por Monseñor Quijote, cura párroco de El Toboso, y Enrique Zancas, alias Sancho para su compañero de viaje y alcalde de la misma localidad, a su llegada a la ciudad de Valladolid: fueron a un pequeño cine donde se proyectaba una película titulada **La plegaria de una virgen**. El Padre Quijote pensó en una velada de aburrimiento y piedad. A la postre resultaría una película "S", monótona en su repetición de escenas de cama y de difícil intelección a través de sus sonidos extraños, inconexos y de ambiguo sentido. En el diálogo que sigue a la salida de la proyección, el ex alcalde advierte, ante las muestras de extrañeza del Padre Quijote, que no fue él quien escogió la película, sino su señoría; a lo que el Padre Quijote responde: "Sí, por el título. Pero no entiendo qué tiene que ver el título con lo que hemos visto."

He traído a colación esta anécdota de **ficción** porque responde con exactitud al peligro **real** que corre el potencial comprador que adquiera la obra de Paul M. SWEEZY, **El marxismo y el futuro** (1) atraído por lo sugerente de su título. Lo cierto es que el título original es **Cuatro conferencias sobre marxismo** (Four Lectures on Marxism), recopilación de las disertaciones que Paul M. SWEEZY ofreció en la Universidad Hosei de Tokio en octubre de 1979, y que fueron anunciadas bajo el título de **El marxismo hoy**. Son de sobra conocidas las graves dificultades por las que atraviesa la industria editorial española debidas, en parte significativa, al colapso del sector exterior de algunos países hispanoamericanos; en concreto, Argentina y México. Pero este hecho no es razón suficiente para intentar forzar el mercado interior a base de añagazas. Los discutibles resultados positivos a corto plazo pueden hipotecar la imagen de confianza de algunas editoriales a largo plazo. Este libro no es caro, por lo que el olvido es fácil. La repetición de hechos similares dejaría surcos más profundos. Y esta observación tiene tanta más importancia cuanto el tema del futuro ha calado hondo en nuestras sociedades y ha entrado a engrosar los motivos de angustia de las personas. En la medida en que el horizonte se contrae y oscurece, en esa misma medida se abonan las ansias de nuevos

(1) Paul M. SWEEZY, "El marxismo y el futuro", Barcelona, 1982.

caminos y salidas. Estas conferencias, en gran parte de su contenido, pertenecen —como en seguida veremos— al pasado, por lo que tiene visos de señuelo el que se anunciaran como reflexiones del presente. Sin embargo, esta adaptación temporal, este subrepticio paso del pasado al presente —y viceversa— pudiera tener su justificación pues, como nos advierte San Agustín en sus **Confesiones**, el presente, "si siempre fuera presente y no pasase a ser pretérito, ya no sería tiempo sino eternidad" (2). Ahora bien, transmutar lo que ya pertenece al pasado en luminarias que nos alcanzan esperanzadamente desde el futuro es un desfalco: se sustrae del confiado comprador su caudal de buena fe en la información.

Todo cuanto acabo de decir sobre engaño, desfalco y desengaño sería dispensable y perdonable si las reflexiones de SWEEZY en la presente ocasión suministraran alguna idea nueva o, cuando menos, novedosa. Pero no es así. Para empezar, más de la mitad de las páginas del libro —sesenta y una exactamente— son consumidas por la segunda conferencia y sus dos apéndices (3). Quien haya leído su obra más conocida **Teoría del desarrollo capitalista** (4), original de 1942, no encontrará en ellas nada digno de mención, excepto alguna que otra hipótesis demencial que colaboran a mantener vigente la opinión de A. MARSHALL cuando confesaba: "Los escritos de los socialistas me repugnaban casi tanto como me atraían ellos, porque parecían estar muy fuera de contacto con la realidad" (5). La dureza expresiva es indicio indudable de la violencia interior con que MARSHALL enfrentaba los castillos de naipes que pueden alzarse hilvanando palabra tras palabra que se dicen con misión de **praxis**; es la repugnancia intelectual de quien, al mismo tiempo, no dudaba en reconocerse deudor de la **Filosofía de la Historia** de HEGEL y de alguien para el que se instituyó un **lectorado** especial de Ciencias Morales. Tendremos ocasión de conocer alguna de esas hipótesis a lo largo de este comentario.

En este mismo orden de consideraciones de carácter general, conviene aclarar que de las cuatro conferencias que se pretenden sobre marxismo, sólo dos de ellas —las más breves, primera y última— responden al programa. Las otras dos no van más allá de consideraciones en torno a la dinámica general del capitalismo: sus orígenes, estadios de evolución, fuerzas de expansión, termitas que desde dentro le socavan, contradicciones que le arrastran hacia la sepultura. Lo de siempre. Ni siquiera la síntesis —que abarca desde la ciudad-estado Venecia hasta las más recientes "rupturas revolucionarias de un número creciente (?) de países de la periferia"— es sugerente, si exagerada.

Y es que el teórico marxista parece más un condenado a medir su po-

(2) "Praesens autem si semper esset praesens nec in praeteritum trasiret, non iam esset tempus, sed aeternitas", (XI, 14, 17). La traducción está tomada de la edición de la Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1974 (6.ª ed.), p. 379.

(3) La conferencia se titula "Contradicciones del capitalismo", y los dos apéndices llevan por título, respectivamente: "Tasa de beneficio decreciente" y "Concurrencia y monopolio".

(4) Hay traducción castellana por el Fondo de Cultura Económica.

(5) Citado por J. M. KEYNES en la introducción a las *Obras Escogidas* de A. MARSHALL, México, 1978 (1.ª reimp.), p. 64, nota 2.

tencia intelectual en la crítica e interpretación del capitalismo que predeterminado a usarla en construir —quizá hasta inventar— la sociedad que dice vislumbrar como futuro necesario. Se desenvuelve mucho mejor explicando las causas del derrumbe del sistema capitalista que probando la lógica y la bondad del sistema alternativo —más que alternativo, inexorable— que propugna. El teórico marxista tiene vocación de parásito: se alimenta de la savia del capitalismo del que vive asido. Incluso fuera más propio hablar de sanguijuela en la medida en que chupando de la sangre capitalista le da vida o, cuando menos, ayuda a prolongarla. Nadie osaría hoy hablar de la sociedad soviética —y la de los países satélites— como sucesora y heredera de la capitalista, sino como coexistente y competidora (6).

Es casi imperativo preguntarse —aunque ahora sólo pueda responderse por vía de sugerencia— las razones de este raro sino de la teorización marxista que se desenvuelve con más aplomo cosechando en los productos del capitalismo que arando en campo propio. La primera tiene que ver con la misma génesis histórica del marxismo como fruto maduro del capitalismo: se da una relación parental si nos atenemos a los propios postulados marxistas. El parto tardó en producirse y fue necesario acudir a una cesárea ya que su implantación primigenia en Rusia no fue posible sin guerra y sin el período estalinista. El marxismo aún no ha “matado al padre” y, lo que es aún peor, su evolución posterior ha estado condicionada más por los sobresaltos del desarrollo del capitalismo que por la propia dinámica. El marxismo se mantiene a la espera de cobrar la herencia de ese padre, con recurrentes ataques y condenado a morir, pero que sigue gozando de notable salud a pesar de las crisis. Durante esa larga y desconcertante espera —y más por desconcertante que por larga— la pureza de sus fundadores se ha perdido, las virtualidades de la utopía se han desvanecido, y el recurso a la fuerza, al férreo control de las libertades, a los **gulags** y a la **nomenklatura** se ha canonizado como necesario para la sobrevivencia del hijo hasta que pueda cobrar la herencia de su achacoso padre. El marxismo vive pendiente del capitalismo como personaje de F. MAURIAC alrededor de la dueña del patrimonio.

La segunda razón guarda relación con la obsesión de los teóricos marxistas por la ortodoxia y que sólo puede desembocar en el dogmatismo. Toda ortodoxia necesita de unos textos sagrados, de un lenguaje petrificado y de una tradición interpretativa —santos padres o vacas sagradas; también herejes— que se circunscribe a los albores del nacimiento cuando el mensaje del fundador se supone aún vivo y recogido directamente por quienes le conocieron. Lo que viene después son los temores a alejarse del dogma y las piruetas lingüísticas para adaptarlo al paso del

(6) Cfr. Herbert MARCUSE, “El marxismo soviético”, Madrid, 1969, p. 15. No es posible reducir a breve esquema las líneas argumentales ensayadas por MARCUSE en esta obra, pero puede afirmarse que una de ellas es la de que las leyes objetivas de la evolución de las sociedades propuestas por MARX —al margen de escolásticos distinguos y cautelas— han dejado paso tanto al *voluntarismo* en los dirigentes soviéticos como a los imprevisibles resultados de la interacción entre ambos tipos de sociedades —capitalista y comunista— que, a su vez, están fuertemente domeñadas por las exigencias de la técnica y la capacidad de presión de sus manipuladores.

tiempo y al sentido de los nuevos acontecimientos. Prisioneros dentro de su propia cerca, a los teóricos sólo les queda la libertad de orientar sus capacidades críticas hacia el ancho mundo que les rodea y que, por añadidura, anda descarriado. La vocación de misionero es menos arriesgada que la de profeta y ésta más segura que la de vate.

La tercera y última razón la refiero al apriorismo que ha caracterizado la legitimación ideológica del marxismo. E. M. UREÑA, en una obra de sólido entramado a la par que sugestivo planteamiento, ha puesto de relieve este aspecto con claras repercusiones ético-políticas: "El socialismo nació, en cambio, a la vez como proyecto científico y como ideal utópico a realizar conscientemente por el hombre, **antes** de que hubiese empezado a existir y a funcionar ninguna forma socialista de organización de la actividad económica de una sociedad. Y cuando, primero en Rusia y después en otros países, se implantaron de una manera consciente y brusca formas socialistas de producción, ello ocurrió connaturalmente a la par con una continua proclamación explícita de su legitimación ideológica" (7).

Este apriorismo que, como actitud se mantiene hasta hoy, se ha traducido en posturas que podríamos calificar de defensivas —y de agresivas en la medida en que la agresividad suele ser síntoma de debilidad argumental—, y en distorsiones de la realidad exterior a la finca marxista hasta límites insospechados. En el primer caso, es de sobra conocida la frecuencia con que el marxismo imputa al capitalismo todos los males, propios y ajenos. El argumento esgrimido es de los de conclusión rápida y apodíctica: si yo no, sólo resta el otro. F. REVEL lo expone con una ironía que hiele la sonrisa: "La intolerancia de la izquierda es a veces más implacable que la de la derecha, que sólo obedece a triviales consideraciones de interés, mientras que la de la izquierda tiende a salvar al hombre y obtiene del sentimiento de su misión sagrada una horrorosa buena conciencia. Salvar al Hombre: éste es el punto de mira de los socialistas. No el progreso económico y social (...). Todo el malentendido proviene de que el socialismo es más un sistema político que un sistema económico que para implantarse exige el **sacrificio de la economía**. Pero su paradoja consiste en que se trata de un sistema político particular que, durante la ascensión hacia la conquista del poder y el comienzo de la presencia en el poder, tuvo una oración económica y social. Después de algún tiempo de socialismo real resulta que la consolidación y la defensa del socialismo, en tanto que sistema político, justifica la relegación al segundo plano de los objetivos económicos y de las aspiraciones populares al bienestar. La defensa del socialismo fundamenta entonces el recurso a medidas autoritarias, sin las cuales el socialismo se expone al peligro de ser barrido por una reacción autoritaria de derecha" (8).

(7) Enrique MENENDEZ UREÑA, "El mito del cristianismo socialista", Madrid, 1981, p. 142. El subrayado es del autor.

(8) François REVEL, "El Estado magalómano (La Grâce de l'Etat)", Barcelona, 1982, pp. 111-112. La línea argumental de REVEL en este ensayo, del que lo menos que se puede decir es que es cálido como una nueva amante y sugerente como una mulata, puede sintetizarse en lo que afirma al comienzo del mismo: "Todo lo que ha sucedido, sucede y sucederá al socialismo siempre deberá ser imputado al capitalismo" (p. 24). Por supuesto, en esta ocasión habla desde el socialismo.

Sirvan estas consideraciones preliminares de aviso más que de juicio, de cautela más que de condena. Es hora de prestar atención a algunos aspectos más concretos de estas cuatro conferencias, sin olvidar que, por tratarse de poco más que de unas charlas y poco menos que de un breve ensayo, el juicio crítico no debe ir más allá de las pretensiones del autor. Son las deficiencias, más que las ausencias, las que nos interesan. No se debe perder la ecuanimidad ni siquiera ante el engaño.

En la primera conferencia, **Dialéctica y Metafísica**, SWEEZY bascula entre un "sí, pero no" y un "no, pero sí", que impide alcanzar al lector una idea, siquiera aproximada, de la dialéctica marxiana o de algunas interpretaciones posteriores. Los dos últimos párrafos de la conferencia son un magnífico ejemplo de lo que digo: "...ENGELS polemizó con esta tendencia, sin por ello negar que tenía alguna base real (...) Es cierto que algunas de las formulaciones de ENGELS sugieren (...) Pero también es posible considerar que el propio ENGELS todavía no había superado (...) Esto no excluye generalizaciones para las cuales quepa establecer una base empírica, pero excluye con toda seguridad unas leyes de la historia de validez universal" (pp. 30-31). De bote y voleo llegaríamos a la conclusión de que dialéctica y no-compromiso, dialéctica y ambigüedad, son una misma cosa. No es así, pero lo parece. No obstante, y sin que ello sirva de justificación, tal ambivalencia a la hora de la precisión conceptual, no ha de extrañarnos, ya que, según el autor, "el punto de partida sólo puede ser lo que MARX y ENGELS llamaron el modo de pensamiento dialéctico, en contraposición al modo de pensamiento metafísico, que, por paradójico que pueda parecer, ha sido llevado a su punto máximo de desarrollo por los métodos y por los éxitos de la ciencia moderna" (p. 18). El último subrayado es mío, porque no se trata de una paradoja sino de una falsedad. No veo ninguna razón para excluir de la corriente metafísica a la dialéctica marxista si hemos de incluir en ella los éxitos de la ciencia moderna: tan presocrático es HERACLITO como PARMENIDES, es decir, tan precursores de la metafísica son el uno como el otro. Y anotemos que SWEEZY aduce una larga cita, sacada del **Anti-Dühring**, para ilustrar el modo del pensar dialéctico, donde se parte de HERACLITO de quien se dice que "formula claramente" y "capta correctamente". La paradoja sólo es hermosa cuando ni excluye ni concluye. No es el caso presente. Por otra parte, no estará de más recordar a Wilhem DILTHEY —de quien nuestro ORTEGA y GASSET afirma que perteneció "a esa galaxia de conquistadores del pretérito"— y para quien la ciencia moderna fue posible gracias a la liberación de "las telarañas metafísicas que se habían tendido de este mundo al otro" (9).

Sin duda, la fuerza de la réplica no va más allá de contraponer a una opinión personal un argumento de autoridad por más que éste cuente, al menos, con el peso que supone haber pasado con éxito la criba de la historia del pensamiento. En cualquier caso lo que importa son las pruebas aducidas en el empeño y SWEEZY sólo enuncia por el momento una pa-

(9) Wilhem DILTHEY, "Introducción a las ciencias del espíritu", Madrid, 1980, p. 510. El juicio de ORTEGA aparece en el Prólogo de esta obra, p. 23. La versión española corre a cargo de Julián Marías.

radoja prometiendo abordar después la cuestión con más detenimiento —que suponemos sinónimo de argumentos—, cosa que no hará.

La segunda conferencia sobre las contradicciones del capitalismo es totalmente dispensable, como ya dijimos, para quienes conozcan sus trabajos anteriores. No obstante, me parece oportuno hacer dos observaciones. La primera se refiere a la debilidad argumental que supone partir de hipótesis estúpidas —por irreales y aprioristas— para inducir o deducir, no es fácil saberlo, la razón de algunos procesos históricos. En concreto, para justificar la existencia de la "acumulación primitiva", SWEEZY supone que "los trabajadores no venderían su capacidad para efectuar trabajo útil a otros si poseyeran los medios de producción y las materias primas necesarias para producir los bienes y servicios por cuenta propia, es decir, para su consumo directo o para venderlos en el mercado" (p. 34). Esta hipótesis es, desde luego, contradictoria, puesto que si cada uno trabaja para sí —y no sólo para producir bienes destinados al autoconsumo, sino también servicios— es absurdo hablar de "venderlos en el mercado", ya que en esa hipotética colectividad no existen compradores, sino sólo productores sin más horizonte que sí mismos. Absurdo es, también, hablar de servicios para uno mismo cuando, por definición, en la noción de servicio queda implicada la de alteridad. Hipótesis similares abundan en la literatura marxista, sin olvidar la más conocida y manipulada de todas, la de Robinson Crusoe, muy afín a la que acabamos de ver. Y a este respecto comenta Mario BUNGE (10): "Pese a algunos conocidos economistas, Robinson Crusoe no era un agente económico. La frecuente referencia a Robinson Crusoe en la literatura económica sólo muestra cuán alejada de la realidad está gran parte de la misma."

La otra observación hace referencia a la conclusión de esta segunda conferencia en donde se nos anima a "hacer revivir el más viejo sueño de socialistas y comunistas": "El de una sociedad decente para todos, hoy más que nunca a nuestro alcance" y a "dedicarnos de nuevo a convertirlo en realidad" (p. 59). Con otras palabras, SWEEZY nos impulsa hacia la utopía, como queriendo enmendar la plana a la conocida obra de F. ENGELS, "La evolución del socialismo de la utopía a la ciencia". Cuando la pretendida ciencia embarranca, nada mejor que retroceder... Sin embargo, no está de más recordar que cuando K. R. POPPER escribe que "la utopía es una técnica de la planificación totalitaria", sólo está recitando una lección de la historia reciente. Esa conclusión, de angelical apariencia, encierra un engaño y un peligro; el engaño: sepultar una retahíla de argumentaciones amañadas en la tranquila fosa de los viejos sueños; el peligro: mistificar la realidad mediante una utopía con ropaje de humanismo (11).

(10) Mario BUNGE, "Economía y filosofía", Madrid, 1982, p. 27.

(11) Las relaciones entre socialismo, utopía y humanismo son tan antiguas, al menos, como PLATÓN y alcanzan hasta la teoría del "Golpe de Estado permanente" de F. MITERRAND y la del "Cambio" de Felipe GONZÁLEZ. Los períodos de intensificación del socialismo utópico o de alguna de las formas de utopía socialista coinciden con momentos de decadencia religiosa o con formas de civilización arreligiosas; se puede inferir una clara correlación de sustitución, donde la salvación del hombre es lo que está en juego. A este propósito, J. ATTALI y Marc GUILLAUME ("El Antieconómico", Barcelona, 1976, p. 311)

En la tercera conferencia, P. SWEEZY recoge, con mucho retraso, por cierto, la terminología en boga sobre centro y periferia, puesta en circulación hace más de treinta años por los estructuralistas cepalinos, e intenta configurar, mediante su uso y abuso, una radiografía de la crisis actual. En esta ocasión, los grados de homogeneización, generalización y "aposteriorismo interpretativo" alcanzan cotas difícilmente soportables. Se trata de un capítulo ejemplar para comprender por qué, cuando un marxista convencido —es decir, ortodoxo cuando no dogmático— se mete a historiador puede herir la sensibilidad del lector culto. A pesar de su brevedad, el florilegio de párrafos gratuitos y vaporosos es nutrido. El esquema que permite tan altos niveles de reduccionismo es sencillo: Se tiene un proceso histórico cuyos resultados, en cuanto a formaciones sociales se refiere, conocemos o, al menos, tienen su etiqueta puesta y aceptada como válida en lo fundamental; se cuenta con unas claves de interpretación —las marxianas— que no son puestas en cuestión por los marxistas; resultado: todo el trabajo del historiador —aunque en estos casos sería más idóneo hablar de ideólogos— se limita a una labor de reinterpretación del pasado. En este sentido, la resolución del problema queda pendiente de una cuestión de estética: hacer encajar las piezas —los datos que aporta la historia— de modo que el esquema previo no se rompa ni los chirridos producidos en el intento se perciban, aunque para ello haya que recurrir a nuevas acuñaciones de lenguaje —en este caso, tales como **tasa social de explotación y plusproducto monetarizado**, entre otras, de confuso contenido—; o a paralelismos muy forzados —Brasil y Japón— (12); o a vaguedades futuristas (13).

escriben: "La utopía es una obsesión en todas las civilizaciones arreligiosas. Escapar a lo cotidiano y a las contradicciones sociales mediante la construcción de una sociedad ideal, es buscar el Paraíso terrenal y negar la eternidad como significación de la historia. No es, pues, extraño que todas las utopías se parezcan." Si nos referimos más concretamente a los socialismos que han pululado por la historia antigua y moderna, F. REVEL, op. cit., pp. 114-115, comenta: "El socialismo del que puede decirse con todo derecho: Ecce qui tollit peccata mundi, ¡he aquí el que quita los pecados del mundo! (...) Y hubiera podido servir de máxima a todos los socialismos antiguos a los que pasa revista Igor CHAFAREVITCH en su incomparable 'Fenómeno socialista', en el que muestra que el socialismo nada tiene de programa económico, sino que es la manifestación de una *existencia puramente espiritual*, recurrente en la historia de la humanidad y que se encarna de manera idéntica en las formas económicas más variadas" (el subrayado es nuestro). También desde el campo teológico, especialmente desde la parcela protestante, han llegado intentos de revitalización de la utopía y del socialismo humanista. No podía ser de otra forma dada la significación de la Esperanza y de la Escatología en el universo cristiano; baste recordar a J. MOLTSMANN ("El hombre", Salamanca, 1973) y a M. BUBBER ("Camino de Utopía", México, 1966, 2.º) aún a sabiendas de que la lista sería muy larga. A caballo de ambos extremos resaltamos a Erich FROMM quien, desde un marxismo humanista y desde un humanismo trascendente, intenta devolver al hombre aquellos valores —libertad, amor, compasión, esperanza...— que exceden del mundo del simple acontecer.

(12) Así, p.e., en la p. 100: "Si el Japón se hubiera dejado integrar en la periferia, se habría visto atrapado en ella, como ha ocurrido exactamente con otros países. Esto no necesariamente hubiera cerrado el paso a un rápido desarrollo económico, como demuestra convincentemente la historia del Brasil. Pero el desarrollo habría sido dependiente, no independiente, y nunca habría permitido al Japón alcanzar el peldaño superior de la pirámide capitalista." Un poco más adelante nos dice que si Alemania y Japón, países que emprendieron con relativo retraso el proceso de desarrollo, se libraron de caer en la periferia se debe a que "pudieron aprender (y tomar prestados muchos de los avances) de sus pre-

Termina esta tercera conferencia sobre "un diagnóstico de la presente crisis del sistema capitalista mundial". Una vez más se confunde la diagnosis con un mero repaso a recientes acontecimientos económicos, acompañados de gratuitos escarceos por épocas más pretéritas. Ninguna luz nos llega desde el análisis y sí mucha somnolencia desde la enumeración de efemérides comunes. Si hubiera una verdadera diagnosis se podría instrumentar una prognosis; no sucede así, a no ser que la tautológica conclusión final pueda considerarse como tal: todo seguirá igual mientras no "ocurra algo inesperado, como una guerra importante" (p. 113). Ante conclusiones de esta índole no puedo por menos de recordar unas recientes declaraciones de Eduardo GALEANO (14), escritor de y desde la periferia, poco propenso a las concesiones: "Si las palabras no pueden ser más dignas que el silencio, más vale callarse."

La cuarta y última conferencia lleva el mismo título que el del libro del que nos estamos ocupando: el marxismo y el futuro. Una vez más la respuesta ante la incógnita del futuro se limita a un repaso del pasado, a esos años finales del siglo XIX en los que el "reformismo de las clases obreras del centro" puso en peligro el mensaje de MARX, y a esas dos primeras décadas del XX que vieron el triunfo de la revolución rusa. El futuro para SWEEZY sigue anclado en el pasado. Cuando tímidamente tantea (p. 117) una incursión hacia una nueva fase del proceso revoluciona-

decesores, evitando así errores y acortando el tiempo requerido" (sic). Aceptamos los hechos, pero seguimos ignorando los por qué: por qué el "voluntarismo" japonés de no dejarse integrar en la periferia —en el supuesto discutible de que los países tengan voluntades y que de éstas dependan su lugar de preeminencia entre las naciones— no se dio en otros muchos países; por qué Alemania y Japón pudieron "aprender" lo que otros muchos países no consiguieron... Y sin un esfuerzo de respuesta a éstos y otros interrogantes, no se hace ciencia sino que se escriben cuentos para adultos, sin más valor que el conseguido en el terreno de la fantasía, pues fantasía es levantar generalizaciones para acomodar los argumentos en lugar de argumentar desde la dictadura de los hechos y sus posibles causas. Y es que los hechos son siempre rebeldes y sólo se les doma, parcialmente, con la razón. La fantasía es necesaria incluso para hacer ciencia, pero no es suficiente para consolidarla.

(13) "La conclusión a la que nos llevan tanto el *análisis teórico* como la *experiencia histórica* es, pues, que para la gran mayoría de los pueblos de la periferia, el desarrollo dependiente no conduce a una vida mejor (...) Para ellos, pues, el camino que les permitirá *avanzar* será el de una ruptura revolucionaria con el entero sistema capitalista, camino que ya está siendo recorrido por un *número creciente* de los países de la periferia" (pp. 106-107. Los subrayados son nuestros). Avanzar ¿hacia dónde? En cualquier caso, ni los países donde impera el "socialismo real" constituyen un modelo de progreso —ni económico ni de libertades—, ni Cuba —por citar a un país de la periferia que ha recorrido esa vía revolucionaria— puede erigirse en paradigma de un horizonte nuevo y deseable. Justificaciones *a posteriori* de por qué es así pueden inventarse muchas, con fortuna desigual, pero siguen faltando los argumentos. Por otra parte, entre ese "número creciente" de países liberados merced a la revolución habrá que contabilizar a Afganistán (gracias a la invasión rusa), Angola y Nicaragua (merced a la presencia cubana), el Tíbet (por arte y gracia del anexionismo chino) y un pequeño etcétera. Gracias a la prepotencia rusa seguimos sin poder saber cuántos países ya "liberados" de la Europa del Este cambiarían de rumbo y de sistema (Polonia es el último de los ejemplos). Calificar tamañas reflexiones de "análisis teórico" es una bofetada a la racionalidad que se supone preside el espíritu científico; en cuanto a decir que se argumenta desde la "experiencia histórica" sólo nos queda aceptar que es imposible una lectura neutral de la historia.

(14) Declaraciones a "El País", 20 de febrero de 1983, Sección Libros, p. 7.

rio, sólo esboza esta respuesta: "Naturalmente es demasiado pronto para predecir." Naturalmente, porque permanece ciego ante el futuro quien sigue deslumbrado por las evidencias del pasado. Para marxistas como SWEEZY, y son legión, el pasado siempre es transparente y termina por encajar perfectamente con las leyes de evolución social establecidas por MARX: basta una adecuada dosificación del sagrado principio de las "condiciones objetivas". SWEEZY es un perfecto vidente a toro pasado.

Hay un párrafo en esta última conferencia del que sólo quiero dejar constancia: "La jerarquía como tal no es una prueba de la existencia de clases: si todos y cada uno, al nacer, tuvieran las mismas oportunidades de ir a parar a una determinada posición en la jerarquía, no podría hablarse de clases" (p. 126). Sin duda que identificar sociedad sin clases con igualdad de oportunidades habrá hecho brincar en su tumba los huesos de más de un marxista histórico y, sobre todo, permite abrigar la esperanza de una reducción sustancial de la farragosa literatura socialista. Nos queda, sin embargo una duda: si tamaña herejía viene forzada para justificar la **nomenklatura** de las sociedades socialistas o ha sido pensada para dignificar otras sociedades del mundo capitalista en las que se han dado pasos importantes en este sentido. Al final va a resultar que las sociedades capitalistas de democracia formal están más en la línea del pensamiento profético de MARX que las socialistas de aristocracia burocrática.

Esta obra de P. SWEEZY ha nacido vieja. Su misma condición de conferencias no hace más que agudizar los rasgos decrépitos. Con demasiada frecuencia, al menos en economía, uno desearía que los autores se atuvieran a criterios más estrictos de maduración del propio pensamiento. El lector echa de menos confesiones como las de Ludwig WITTGENSTEIN en sendas cartas a KEYNES y a RUSSEL. En la primera, de 4 de julio de 1924, confiesa: "Me pregunta usted en su carta si puede hacer algo que me permita volver a la labor científica. La respuesta es que no (...) Todo lo que realmente tenía que decir lo he dicho, de modo que la fuente se ha secado. Esto puede sonar a extraño, pero es así" (15). En la segunda del 25 de marzo de 1913: "...no tengo nada que decirle. Estoy absolutamente estéril (...) y dudo que alguna vez vuelva a tener ideas (...) Lo que siento es la maldición de aquéllos que sólo tienen talento a medias..." (16).

Aunque pueda parecer algo sorprendente, he de confesar que en todo momento he procurado mantenerme en la línea de Joham G. HERDER para quien la crítica era, ante todo, **Enfülung**, empatía más que antipatía; corrección más que censura. Temo no haberlo logrado, tal vez porque la pasión por vislumbrar una parcela del futuro se ha trocado en decepción al no conseguir siquiera recrear el pasado.

Resta por esbozar una respuesta a la pregunta de si entre el marxismo y el futuro puede establecerse algún tipo de relación de significado profético. Con otras palabras: si el marxismo incorpora alguna virtualidad que le capacite para afrontar el futuro con más decisión —basada en la seguridad, no en la fe— que otros sistemas socioeconómicos. La pregunta

(15) L. WITTGENSTEIN, "Cartas a Russell, Keynes y Moore", Madrid, 1979, p. 104.

(16) *Ibid.*, p. 28.

es tanto más acuciante cuanto que es, precisamente, de esa firme certeza ante un futuro dorado de donde el sistema extrae las razones de su implantación —más allá de cualquier ética de los medios—, y sustrae de los pueblos la razón de otras esperanzas.

Sin duda se trata de un tema que exige, cada vez más, la virtud de la eutrapelia. Durante un siglo —y este año conmemoramos el cien aniversario de la muerte de K. MARX— ningún autor interesado en su obra —y la distribución ideológica del planeta invita a, cuando no impone, una atención preferente— se ha podido sustraer al juego de las profecías. Según la militancia, así la comitiva. A medida que el tiempo ha ido trascurriendo, las comitivas han ido divergiendo. En la marxista —en este tema concreto y en algunos otros— se ha pasado de un dogmatismo —certeza a plazo previsible— a un talmudismo —certeza sin plazo, apuntalada en interminables hipótesis *ad hoc*—. En la no marxista la actitud prevaleciente ha sido mantenerse dentro de los serenos y severos límites del neopositivismo o, incluso, del relativismo. No ha triunfado la lógica tentación de hacer leña del árbol caído. En este sentido son ejemplares las consideraciones de J. A. SCHUMPETER (17) —de quien este año se conmemora el cien aniversario de su nacimiento— y de Karl R. POPPER (18). Incluso nuestro no suficientemente valorado Nicolás RAMIRO RICO (19) —fallecido en 1977, dejando una obra escrita tan escasa como densa— se ocupa del tema, con una elegancia propia de maestro, para concluir con una perspicacia frecuente en los ágrafos: "...el marxismo es hoy una realidad tan poderosa que si no se estudia a Carlos MARX con gran diligencia teórica se corre el gravísimo riesgo de ser marxista por ignorancia (...) El hombre, ¿es sólo miembro de clase?, o ¿el hombre es un ser que tiene clase?"

Cuando en los sistemas de economía de mercado se intenta hacer una prognosis se acude a las series estadísticas, al instrumental matemático, a las computadoras y, más recientemente, a la aún tierna teoría de sistemas. Baste recordar el Informe FORRESTER (1971), el Informe MEADOWS (1972), los sucesivos trabajos del Club de Roma, el Informe TINBERGEN (1977) y el más reciente Informe BRANDT. Los avatares a los que se han visto y se ven sometidos tales informes son de sobra conocidos. La cuantificación de lo real social sigue presentando escollos insuperables, sobre todo, cuando interviene la molesta variable tiempo. Son informes elaborados desde diversas hipótesis, con numerosas lagunas y con reconocidas y repetidas salvaguardias, que cumplen, mal que bien, su misión de alertar. Su horizonte de cautelosa vigencia apenas excede del año 2000 —no es fácil, ni siquiera entre la comunidad científica, sustraerse al síndrome del milenarismo—. Son informes que se ven y se saben sometidos, en parte al menos, al imperio de lo imprevisto. No nacieron con vocación de ineludibles y mueren sin conciencia de fracaso.

(17) Joseph A. SCHUMPETER, "Capitalismo, Socialismo y Democracia", Madrid, 1971 (orig. de 1950), pp. 29-32.

(18) K. R. POPPER, "La sociedad abierta y sus enemigos", Barcelona, 1981, pp. 314-369.

(19) N. RAMIRO RICO, "El animal ladino y otros estudios políticos", Madrid, 1980, pp. 187-197. La cita se encuentra en las dos últimas páginas.

Por el contrario, la actitud ante el futuro entre los pensadores marxistas, descansa en la placidez que infunde el dogma. El "opio del pueblo" no sólo es posible en lo religioso, también en cualquier promesa, ya que su acción como tal droga descansa en la componente utópica de lo que se profetiza, y no en el suceso de lo que se prevé. En una obra reciente de Ernest MANDEL —de título similar a la de P. SWEEZY y publicada por la misma editorial (20)—, elaborada en base a las conversaciones mantenidas por Johannes AGNOLI —marxista "herético" de atenernos a la propaganda—, se ofrecen unas consideraciones sobre "las perspectivas de futuro" que concluyen del modo siguiente: "El futuro nos sitúa, por tanto, ante un claro dilema: o comunismo o ausencia de libertad." ¿De qué secretas fuentes —más allá o más acá de cualquier dogma— proviene tanta claridad? El planteamiento dilemático acucia a una respuesta.

Es verosímil que en el pasado se encuentre siempre la clave de cuanto acontece y, por lógica deducción, de cuanto se configura en nuestro horizonte temporal. La naturaleza rehúye el vacío y tiene sentido suponer que la concatenación de causas y efectos deje poco o ningún margen al azar, siempre y cuando mantengamos una aséptica marginación de lo trascendente. La resolución del binomio azar/necesidad es ardua y aún sigue sin solución aceptable ni aceptada. Es muy posible que esta resolución dependa de un nivel de conocimiento científico que aún estamos lejos de conseguir a tenor de numerosos indicios. En todo caso, es del todo punto incoherente —es decir, no conforme con las enseñanzas que pueden extraerse de la historia de la ciencia en su sentido más amplio— pretender que de un determinado esquema de pensamiento —el de MARX— pueda inferirse con segura precisión el futuro que nos espera. Y es en este sentido que considero que el futuro se oculta con mayor obstinación al marxismo que a cualquier otra ideología no dogmática. Entre el marxismo y el futuro no hay, por el momento, relación posible.

Para terminar, y ateniéndome al aforismo de que una imagen (ejemplo) vale más que mil palabras, un breve recuerdo de la historia de KONDRATIEFF, descubridor de los grandes ciclos del capitalismo, lo que le permitió pronosticar con cinco años de antelación el **crack** de la Bolsa neoyorquina y el inicio de la Gran Depresión. La concepción cíclica y previsible de las crisis del sistema capitalista no pareció agrandar a las autoridades rusas que la consideraron herética y en frontal oposición a lo establecido por MARX y LENIN, por lo que fue deportado a Siberia donde desapareció todo rastro de él. Es probable que en la tundra siberiana hayan quedado sepultadas otras muchas mentes que otearon el futuro con mayor grado de resolución que las opiniones consagradas por la ortodoxia. También en los hospitales psiquiátricos.

(20) Ernest MANDEL, "Marxismo abierto", Barcelona, 1982, pp. 126-131.